

# Agustín Alegre, una vida con la pintura

Marta Marco Mallent

## La pervivencia de la pintura

**E**STE texto dedicado a la persona del pintor turolense Agustín Alegre intenta principalmente ofrecer una panorámica de la trayectoria vital y artística del personaje, sin embargo, confieso tener la intención añadida de aprovechar la ocasión para reivindicar la vigencia de un modo de expresión artística como la pintura, relegado y empequeñecido hoy en día como lenguaje expresivo ante el surgimiento de nuevos medios que fascinan tanto al artista como al espectador.

Es mi empeño desde que terminé mi periodo de aprendizaje en la universidad, en el que yo misma practiqué otros lenguajes artísticos en sus más novedosas variantes, reivindicar la práctica de la pintura como un medio imprescindible e insustituible de expresión humana. Cuando hablo de pintura me refiero a toda la pintura, en cualquiera de sus estilos, concepciones o manifestaciones poéticas.

El panorama artístico contemporáneo está saturado de imágenes generadas incesantemente con medios digitales que reemplazan al objeto pictórico de épocas anteriores. El nuevo espectador o gozador del arte, acostumbrado a la visión frenética de un número infinito de imágenes por segundo, ya no se detiene con serenidad a contemplar el milagro de la pintura, que se produce silenciosamente y al que hay que esperar atentos, predispuestos y entregados. Actualmente, seducir o comunicar mediante una disciplina artística como esta requiere un esfuerzo enorme que pocos están dispuestos a realizar, por eso, artistas como Agustín Alegre son hoy raros

y excepcionales, apreciados sin embargo por una parte importante de la sociedad, sensible al poder sensual de la materia, de lo tangible frente a lo efímero, de lo permanente frente a lo pasajero. En mi opinión, todos deberíamos ser conscientes de que no se trata de sustituir un medio por otro (sobre todo sin haber comprobado siquiera la eficacia del último ni haber alcanzado aún el conocimiento profundo del primero) sino de sumar conocimientos y posibilidades técnicas de expresión.

La Pintura es todavía un misterio sin resolver, un arte que puede seguir ejerciéndose del mismo modo que hace varios siglos sin perder un ápice de intensidad, trascendencia y vitalidad. En este escrito hablamos de un artista vivo, Agustín Alegre, cuya forma de comunicar con el espectador ha sido y sigue siendo la pintura en su más tradicional concepción, un lenguaje que utiliza con el oficio necesario para dominar una técnica que le ha permitido transmitir su ideario, sus sentimientos y su pensamiento con claridad, destreza y sinceridad. La trayectoria profesional de Alegre avala la validez de un medio de expresión artística intemporal, consustancial al ser humano, cuya supervivencia no es la cuestión a plantear, sino la convivencia con otros medios nuevos de mayor alcance mediático y más rápida difusión.

A la dificultad que entraña hoy suscitar el interés por lo pictórico en general, hay que añadir, en el caso de la obra de Agustín Alegre, el rechazo de muchos hacia su forma particular de abordar la pintura, deudora de la tradición pictórica aprendida de Rembrandt, Velázquez, Goya, o los más próximos del XIX español, Gimeno, Pinazo, Zuloaga, y tantos otros. La mirada sin prejuicio que hace Alegre a su alrededor, teniendo en cuenta todo lo que en la historia ha sido creación y no moda pasajera, le proporciona un conocimiento amplio y profundo de la pintura, de una tradición que no imita, sino de la que se vale para continuar sin yugo un camino propio, auténtico y trascendente. Agustín Alegre intuye que aquellas obras que se basan simplemente en la novedad (de un medio, de un estilo, de una reivindicación puntual, etc.) morirán sin remedio si no les sustenta algo más, algo ajeno e independiente al tiempo en el que nacen y que las hace perdurables. La postura de Agustín Alegre supone para el pintor contemporáneo un ejemplo de convicción, firmeza y claridad de ideas.

### **Notas biográficas**

Agustín Alegre Monferrer nace en Santa Eulalia de Campo (Teruel) el 21 de agosto de 1936, apenas comenzada la Guerra Civil. Es el segundo hijo de Valeriano y Genara, ambos procedentes

de la serranía turolense (Cedrillas y Vistabella del Maestrazgo respectivamente). La pareja, instalada en este pueblo del alto Jiloca desde 1933, permanece en él durante once años y allí nacen cuatro de sus cinco hijos. El menor, Fermín, también pintor y fallecido en 1996, nacerá ya en Teruel.

En 1944 se traslada la familia a Teruel, donde el padre, tala-bartero de profesión, instala su taller en el barrio del Arrabal. A su llegada, con ocho años de edad, Agustín ingresó en el colegio La Salle; siendo algo menor que sus compañeros le costaba adaptarse y su salud se resintió, por lo que, aconsejados por el médico de cabecera Arturo Belenguer, abandonó el colegio durante un año y estuvo trabajando con su padre en el taller. Allí manifestó pronto su talento natural para el dibujo copiando todo lo que llamaba su atención, entre otras cosas, un cartel de Nitrato de Chile que su padre mostró después orgulloso y sorprendido a amigos y vecinos. Uno de estos vecinos era Raimundo Martínez, profesor de matemáticas en la Escuela de Artes y Oficios, quién se percató de las aptitudes del muchacho aconsejando su ingreso en el centro. Por otra parte, su primo Jesús, quien trabajaba con ellos en el taller de guarnicionero, acudía a las clases nocturnas de la citada escuela y fue el primero en llevarlo a sus aulas, donde el entonces profesor de dibujo Salvador Gisbert animó al jovencísimo Agustín a ingresar allí cuando tuviera más edad. Así pues, Agustín se matricula oficialmente en 1949 y permanece durante cuatro años en la Escuela de Artes y Oficios.

Una vez terminados sus estudios en Teruel siente la necesidad de continuar su formación académica. Animado por profesores y amigos como el pintor Ángel Novella, obtiene una beca de estudios de la Diputación Provincial de Teruel para iniciar sus estudios en la Escuela de Bellas Artes de San Carlos de Valencia. En el otoño de 1953 y tras superar la prueba de acceso, Agustín comienza la carrera junto a su amigo Francisco Pérez Monleón. En Valencia entran en contacto con otro estudiante aragonés algo mayor, José Gonzalvo, que los recibe con generosidad y les presta amparo en la escuela a su llegada.

Durante la estancia en Valencia, reside en Godella, pueblo cercano a la capital donde le acogen unos familiares. Próxima a su vivienda está la casa museo del pintor Ignacio Pinazo, maestro de la escuela valenciana del XIX y principios del XX que tanto admirará Agustín. Pero los responsables directos de su formación académica fueron profesores como Francisco Lozano, Genaro Lahuerta o Manuel Gimeno en pintura, Rafael Sanchís Yago, Adolfo Ferrer, Gabriel Esteve o Vicente Beltrán en dibujo, Enrique Giner, Luis Bolinches o José María Bayarri en modelado y anatomía, Ernesto Furió en gra-

bado..., profesores que durante los cinco años de aprendizaje en la Escuela de Bellas Artes de San Carlos dejaron, de una forma u otra, su impronta en la personalidad artística del aragonés. «La formación académica es fundamental para el artista, pero cada uno debe tener la sensibilidad y el talento suficiente para extraer de la enseñanza lo que es útil para la obra de arte y no limitarse a un encorsetamiento que no va a ningún sitio», ha manifestado en más de una ocasión valorando los conocimientos que adquirió en sus años de estudiante.

Prueba de su destacada labor en la escuela de Bellas Artes es que, antes de terminar la carrera, Alegre ya contaba con un marchante en Valencia, Enrique Reina, el cual intuye el prometedor futuro como pintor del joven artista que, siendo aún estudiante, había obtenido varios premios y becas, entre los que destacó el Premio Goerlich del Círculo de Bellas Artes de Valencia obtenido en 1955, el cual no estuvo exento de polémica al ser Agustín un desconocido de tan solo 19 años de edad, cuya obra premiada era un autorretrato, algo bastante inusual. Dos años más tarde es pensionado por la Escuela de Bellas Artes de Valencia para pintar paisaje en Granada y obtiene el primer Premio Senyera del Ayuntamiento de Valencia, además de la Medalla de Oro en pintura y de Bronce en Grabado en un certamen local valenciano.

En 1958 finaliza sus estudios y continúa una carrera artística de éxito. De 1959 a 1960 cumple con el servicio militar en Zaragoza sin abandonar sus compromisos artísticos con sus nuevos marchantes, el valenciano Manuel Yago y el oscense Emilio Cleofé, gracias a los cuales contacta con galerías comerciales de prestigio en Madrid y Valencia. Los contratos suscritos con sus marchantes no exigían exclusividad sobre la obra, sino prioridad en la elección, lo cual otorgaba independencia a Agustín para disponer del resto de su producción y adquirir otros compromisos con galerías o coleccionistas. Esta independencia y capacidad de decisión sobre el devenir de su carrera y su forma de trabajar es algo que caracteriza a Agustín durante toda su trayectoria artística. De hecho, el contacto con marchantes a través de contrato duró poco y pronto gestionó personalmente la promoción, exhibición y venta de su obra.

Una vez cumplido el servicio militar, en 1960 recibe el encargo de pintar un mural en la iglesia de San Blas en Teruel, finalizado en 1962. Mientras tanto ha obtenido una medalla de oro en el Premio Nacional de Grabado del Frente de Juventudes (1959) y otra de plata en el Concurso Pasaje Palafox de Zaragoza (1961).

En 1964 realiza un viaje al País Vaco con su amigo el acuarelista valenciano José Estellés para conocer de cerca la obra de Zuñiga a quien admira, y preparar una exposición en Bilbao junto

a su colega. Es el comienzo de una costumbre, la de viajar, que no cesará en toda su vida de pintor, como requisito imprescindible para su forma de entender la pintura del natural, fruto de la experiencia directa con las personas, los lugares y las cosas.

En 1965 contrae matrimonio con Amparo Brun Gabarda, a la que conocía casi desde niña y de la que había realizado un retrato como agradecimiento a la ayuda que Leocadio Brun (padre de Amparo) le prestó para realizar sus primeras exposiciones en Teruel, sin imaginar entonces que sería su futuro suegro. Al mismo tiempo que pinta el retrato de Amparo, realiza un cuadro de santa Eulalia para la ermita de la Virgen del Molino en su pueblo natal. En estas mismas fechas recibe dos premios de Paisaje en Albarracín en 1965 y 1967.

En 1965 ejerció como profesor en la Escuela de Artes y Oficios de Teruel durante un curso, impartiendo la asignatura de Dibujo Artístico, pero la docencia le roba tiempo y no es su vocación. Pronto renuncia a ella y se dedica exclusivamente a la pintura. Ese mismo año viaja a París con su mujer y por vez primera visita el Museo del Louvre, donde le entusiasman los clásicos sin prestar demasiada atención a las vanguardias artísticas, «me cansé de ver Picassos y Matisses» declara en la biografía escrita por Juan Antonio Usero<sup>1</sup>.

En 1966 nace su hija Miriam, quien condicionará a partir de entonces la vida familiar y profesional de los Alegre a causa de sus problemas de salud. Antes de conocer la gravedad de la situación Agustín viaja a Italia junto a su hermano Fermín y el pintor valenciano José Espert. Allí les espera otro colega, Alegre Cremades. Se alojan en el estudio del pintor local Franco Bertulli. José Espert, gran anfitrión que ya era conocido en Brescia, les introduce en la alta sociedad de la ciudad. Este será uno de los viajes más fecundos para el pintor joven, entusiasta y feliz que era Agustín en ese momento. Recorre junto a su hermano el norte del país, Milán, Florencia y Venecia, sin dejar de pintar y ver la obra de grandes maestros: Miguel Angel, Masaccio, Ghirlandaio, Ucello, Lippi, Giotto, Michelozzo, Fra Angelico, etc.

A raíz del primer viaje a Italia, en 1968 realiza una exposición individual en la galería Sant Ambrogio de Milán. A continuación otra colectiva con pintores brescianos, José Espert y Alegre Cremades en Brescia. En mayo participa con sus colegas en otra colectiva en la Galería D'Arte Spinetti de Florencia. En todas ellas es elogiado por la crítica. En ese mismo año (1968) había nacido su segunda hija. Se estaba abriendo un mundo de posibilidades en Italia que seguramente hubiera sido magnífico para la carrera artística de Agus-

---

(1) Usero Moreno, Juan Antonio y Giménez Navarro, Cristina, *Agustín Alegre*, Ibercaja, 2003, p. 49.

tín, sin embargo, todos sus planes se ven truncados ante la inesperada enfermedad de su primogénita. Tiene que regresar a España y prestar atención a la grave situación que se avecinaba. Los asuntos mercantiles en Italia se quedan a cargo de sus colegas y amigos hasta que regresa con Amparo, su mujer, en un viaje precipitado para zanzar negocios, vender obra y recaudar fondos, pues debían volver a España para comenzar el peregrinaje que el diagnóstico de su hija Miriam requería y abandonar la idea de vivir en Italia. Mientras tanto, sigue recibiendo premios de pintura, en Logroño, en Teruel (organizados por Ibercaja) que ayudan a su afianzamiento como pintor reconocido en el ámbito local. En 1969 viaja a Holanda, Países Bajos y París con su hermano Fermín.

En 1970 toda la familia se traslada a vivir a Madrid con el fin de tratar la enfermedad de su hija mayor. Después de consultar con especialistas de todo el país han de asumir que su hija sufre un autismo profundo. Familiares y amigos se vuelcan para ayudar a los Alegre en su difícil situación. Mi propio padre, como médico de la familia y aficionado al arte, hace todo lo posible por orientar a sus amigos en el tratamiento de Miriam, y por otra parte, en la medida de sus posibilidades, procura la promoción del artista adquiriendo obra y mostrándola con entusiasmo entre sus colegas y conocidos, muchos de los cuales también adquieren obra de Alegre.

En 1972, alentado por su amigo el acuarelista granadino Julio Visconti, se presenta al XXII Premio de pintura Pintores de África y obtiene el segundo puesto. Se vuelve a presentar al año siguiente 1973 y en la XXIII edición obtiene el Primer Premio, a raíz del cual recibe la beca «Pintores de África» que concedía el gobierno de España a través de la Dirección General de promoción del Sahara y del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

La aventura de El Aaiún, donde reside durante su estancia africana, es muy intensa, enriquecedora y productiva para Agustín. Casi al final de su viaje, coincide allí casualmente con el médico granadino Joaquín Álvarez y su mujer, a quienes había conocido en Teruel. La pareja, instalada en El Aaiún desde hacía tiempo le muestra un Sahara inaccesible para el extranjero. Atraído por la vida rural más auténtica, deambula de un lugar a otro captando la parte más miserable del país, lo cual dio lugar a algún reproche por parte de sus mecenas cuando regresa a España. Otros hubieran optado por pintar paisajes, arquitecturas exóticas, bellas residencias y palacios con jardines, pero Agustín manifiesta en muchas ocasiones que aquello no le interesaba: «Yo no fui a pintar la vida floreciente de El Aaiún, yo prefería los arrabales».

La destreza que posee para el apunte rápido del natural le permitió registrar escenas y personajes que llamaron su atención, puesto que la población local rechazaba ser fotografiada. Con su trazo ágil Agustín pudo captar rasgos y expresiones, modos de vida y costumbres de los habitantes del Sahara, generando una serie temática de extraordinario interés, con la que supera la visión exótica del orientalismo del XIX (Delacroix, Ingres, etc.) o el preciosismo costumbrista de Fortuny, aportando una visión propia, veraz y desprejuiciada del mundo marroquí, tal y como hicieron algunos de sus predecesores «pintores de África», como Tapiró y Bertuchi, entre otros.

Desde 1974, año en el que nace su tercer hijo, recibe innumerables premios y distinciones: en el citado año la Medalla en la XXIV Exposición de pintores de África; en 1975 Medalla de Plata en el II Concurso Nacional de Pintura de la Diputación de Teruel; en 1976 Tercera Medalla de Pintura en la Exposición Nacional de Bellas Artes de Madrid, premio otorgado por la Asociación nacional de pintores y escultores; en 1977 Premio Galerías Preciados en la XIV Exposición de San Isidro de Madrid, que repite al año siguiente financiado por el Ayuntamiento de la capital.

Todos estos premios y su incesante actividad expositiva en galerías madrileñas y del resto de España ayudaron a su proyección y marcaron una carrera ascendente que, a pesar de los condicionantes familiares, no ha cesado hasta hoy. Sin embargo, los constantes traslados de residencia impidieron en cierto modo una promoción más amplia y de mayor alcance de su trabajo artístico. En 1978 abandonan Madrid y se instalan en Almazora (Castellón), pero resignados ante el estancamiento de su hija Miriam, un año más tarde, en 1980, regresan definitivamente a Teruel, lo que proporcionará estabilidad a la familia.

Al poco tiempo, en 1983 nace su cuarto y último hijo. Es entonces cuando vuelve a la Escuela de Artes y Oficios de Teruel como profesor, pero solo permanece un curso, entre otras cosas porque ve mermada su dedicación a la pintura, que es para él un asunto absolutamente prioritario. Este mismo año recibe el Primer Premio Nacional de Dibujo Bernardo Zapater en Albarracín y al año siguiente, 1984, es Primera Medalla Nacional de Pintura en el LI Salón de Otoño de Madrid.

El regreso a Teruel supone para Alegre una nueva etapa en la que retoma temas pictóricos locales muy queridos y recurrentes que le hacen popular entre sus paisanos. Sin duda, volver al entorno que añora tendrá su recompensa a todos los niveles. De ahora en adelante algunas instituciones aragonesas le tendrán en cuenta como un referente indiscutible de la pintura actual en la comuni-

dad autónoma. Prueba de ello es que en 1982 su obra estará presente en la exposición «Artistas aragoneses contemporáneos. Pintura y Escultura» que con motivo de la semana de Aragón en París se celebra en la Casa de España de la capital francesa, patrocinada por la Diputación General de Aragón. Este es el comienzo de una serie de reconocimientos institucionales como la exposición individual que en 1991 organiza las Cortes de Aragón en el palacio de la Aljafería de Zaragoza o la posterior colectiva titulada «Paisajes en la colección de pintura de las Cortes de Aragón», celebrada también en el palacio de la Aljafería en 2010.

Aparte le son propuestos varios encargos de envergadura, como la realización de los trípticos de Los Amantes para el Ayuntamiento de Teruel en 1985, obra que le llevará varios años de preparación y que culmina en 1989. También por encargo del obispado, pinta en 1996 los cuadros de los beatos Fray Anselmo Polanco y Felipe Ripoll para la catedral de Teruel, trabajos que preceden al encargo que la orden agustina le hará años más tarde, en 2002, de pintar un lienzo de grandes dimensiones sobre la vida de san Alonso de Orozco para la catedral de la Almudena de Madrid. Por otra parte, la Diputación General de Aragón adquiere una de sus pinturas para obsequiar a la infanta Cristina con motivo de su enlace matrimonial en 1997; del mismo modo y con idéntico motivo, el Ayuntamiento de Teruel obsequia al entonces príncipe de Asturias, D. Felipe de Borbón, con otra de sus obras en 2004.

Otros méritos que constatan el reconocimiento de las instituciones a su labor han sido: en 1996 la concesión de la Medalla de Oro de Los Amantes por el Centro de Iniciativas Turísticas de Teruel; el nombramiento ese mismo año como Académico Correspondiente de la Real Academia de Nobles y Bellas Artes de San Luis de Zaragoza; la concesión de la Medalla al Mérito Cultural en 1999 por parte de la Diputación General de Aragón y la concesión en 2002 por parte del Ayuntamiento de Teruel de la Medalla de Oro en agradecimiento a su importante contribución a la difusión y conocimiento de la ciudad.

Durante todos estos años y hasta su jubilación no ha dejado de exponer con regularidad en galerías comerciales de arte de toda España entre las que destacan: Sala Derenci en Castellón, Galería Segrelles del Pilar en Valencia, Galería Argar en Almería, las salas y galerías madrileñas Durán, Cano, Zúcaro y Barquillo, La Pina-coteca en Barcelona, etc.

Recientemente, en el otoño de 2014, la Facultad de Ciencias Sociales y Humanas de la Universidad de Zaragoza ofreció una interesante muestra de su obra gráfica, poco conocida y divulgada

hasta el momento. A su vez, el Ayuntamiento de Teruel organizó una exposición retrospectiva de pintura. Ambas supusieron un merecido homenaje a la labor artística de Agustín Alegre. Si no ha habido más acciones en este sentido es, en parte, por el obstinado rechazo de Agustín a la autopromoción. Su propio carácter y una firme convicción en el valor autónomo de la obra de arte hacen que haya estado más atento a la comercialización de su trabajo que al devenir del mismo entre la crítica contemporánea. No obstante, han escrito sobre Agustín Alegre algunos críticos de arte en numerosos catálogos para sus exposiciones<sup>2</sup> y en la prensa diaria con motivo de las mismas. Aun con todo, la bibliografía sobre Alegre es escasa. Cabe destacar la monografía que Ibercaja edita en 2003<sup>3</sup> y la publicación más reciente sobre sus dibujos de la que soy autora<sup>4</sup>, cuya edición estuvo a cargo del Instituto de Estudios Turolenses en 2014. También existe una tesis doctoral inédita sobre su obra gráfica<sup>5</sup>.

### La realidad como modelo y la vida como pretexto

La labor artística de Agustín Alegre se desarrolla fundamentalmente durante la segunda mitad del siglo XX, en un contexto histórico caracterizado por la formación de grupos artísticos de vanguardia tales como Dau al Set en Barcelona, El Paso en Madrid o el grupo Parpalló en Valencia, tendentes al informalismo y la abstracción. Figuras como Tàpies, Cuixart, Feito, Millares, Saura, Semper, Genovés, etc., integrantes de estos grupos, son contemporáneos suyos, con los cuales poco o nada comparte nuestro autor a

---

(2) Entre los críticos de arte y colegas que han escrito sobre Alegre destacan las siguientes aportaciones: Cobos, A., *A. Alegre*, Madrid, Galería de arte Zúcaro, 1990; Castro de Baraza, J., Cobos, A. y Visconti, J., *Agustín Alegre*, Zaragoza, Cortes de Aragón, 1991; Berenguer, L., *Agustín Alegre*, Madrid, Durán Exposiciones de Arte, 1994; Cobos, A., *La pintura intachable y poderosa de Agustín Alegre*, Teruel, Escuela de Artes Aplicadas y Oficios Artísticos, 1995; Berenguer, L., *Agustín Alegre*, Valencia, Galería MD Segrelles del Pilar, 1995; VV.AA., *Agustín Alegre*, Valencia, revista *Dimens Arts*, monográfico dedicado al pintor, 1993; Cremer, V., *La elocuencia de la mancha en Agustín Alegre Monferrer*, en *Agustín Alegre, dedicada a El Corpus valenciano*, Valencia, Galería MD Segrelles del Pilar, 2000; Román de la Calle, *Agustín Alegre y su destacada trayectoria artística*, en *Agustín Alegre Monferrer. Óleos*, Teruel, Ayuntamiento de Teruel, Diputación de Teruel, Obra Social Ibercaja, 2014.

(3) Usero Moreno, J.A. y Giménez Navarro, C., *Agustín Alegre*, Ibercaja, 2003.

(4) Marco Mallent, M., *La obra gráfica de Agustín Alegre. El dibujo como principio*, Instituto de Estudios Turolenses, Teruel, 2014.

(5) Argilés Marín, F., *El gesto gráfico en los dibujos de Agustín Alegre*, Tesis doctoral inédita, Universidad Politécnica de Valencia.

nivel formal. En el campo de la figuración cabe destacar la Escuela de Vallecas con Álvaro Delgado, Gregorio del Olmo, Francisco Lozano, Martínez Novillo, etc. y el llamado Realismo Mágico o Nuevo Realismo de Antonio López, Carmen Laffón y otros, a los que podría haberse equiparado, pero Agustín, reacio a la utilización de la pintura como instrumento reivindicativo de ideologías de ningún tipo, característica que define en gran medida la aparición de ciertos grupos, no se sumará a ninguno de ellos y trabajará siempre en solitario. Este hecho, unido al rechazo de adoptar un discurso formal innovador y rompedor con la tradición académica, hace que su posición se interprete erróneamente como inmovilista, retrógrada o caduca por parte de la crítica contemporánea.

La postura de Agustín no debe confundirse con arrogancia o desprecio hacia los otros, sino como discreto marginamiento voluntario para poder hacer de su pintura una forma de vida independiente, a su manera, sin compromisos ni premisas que le conduzcan por un camino marcado o definido por ideales comunes que no satisfacen plenamente su necesidad de libertad. Concibe la pintura como una forma de comunicar sentimientos propios, íntimos y particulares, que solo de forma individual pueden experimentarse. Por eso pintará a su modo, eligiendo el lenguaje con el que se siente cómodo, sin calibrar si es novedoso o clásico.

Agustín Alegre es un pintor figurativo, la realidad será siempre su punto de partida porque de ella nace su experiencia vital. «A mí me han interesado las cosas como son, lo que son, cada uno lo que es», declara el autor en múltiples ocasiones, llegando a afirmar incluso que él carece de imaginación y necesita siempre partir de un referente real. La realidad como modelo y la figuración como lenguaje son en consecuencia dos de las características principales de su obra, tanto gráfica como pictórica. En sus pinturas y dibujos mantiene como principio metodológico el trabajo del natural, pues considera que es lo que más se aproxima a la realidad que persigue, a la verdad. Para él trabajar del natural es un modo de orientarse, ordenar y apropiarse del mundo visible, por esta razón el contacto directo con sus semejantes, con el paisaje o con los objetos de uso cotidiano le inspira y motiva más que cualquier otra cosa.

Sus obras se caracterizan por adoptar una composición clásica, equilibrada, sin excesivo riesgo, que es bien asimilada por un público amante de la pintura sin pretensiones de gran conocedor, que busca en el arte el disfrute de lo reconocible, de lo cercano, con lo que se siente identificado. Gracias a este público Alegre ha podido «vivir de la pintura» sin tener que hacer concesiones al dictado de la moda ni de un determinado sector contemporáneo del arte que

le ha excluido sistemáticamente. Su carácter independiente nunca ha estado al servicio de la crítica ni del mercado; en contra de lo que algunos afirman, siempre ha impuesto su voluntad, nunca ha sido sumiso ni comercial en el más negativo sentido del término, sino que ha tenido la fortuna de agradar a un amplio sector del público y de «vender lo que hace» sin necesidad de «hacer lo que se vende».

Como hemos apuntado anteriormente, Agustín Alegre ha estudiado y asimilado las enseñanzas de los maestros del claroscuro y del naturalismo del siglo XVII. Piensa que la pintura esencial se encuentra en ciertos clásicos a lo largo de la historia y por eso viaja a verlos con su hermano Fermín y otros colegas a Holanda, Venecia, Florencia, Roma, París, a modo de *Grand Tour* dieciochesco. Pero sobre todo en España se alimentará de una pintura barroca excepcional (Velázquez, Ribera, Zurbarán, etc.) y de la figura de un aragonés genial como Goya.

Ajeno a las vanguardias del siglo XX con cuya radicalidad no se identifica, su mirada se decanta hacia los pintores de finales del XIX y principios del XX, periodo en el que muchos le ubicarían a él también, por su factura y temática. Aureliano de Beruete, Joaquín Sorolla, Ignacio Pinazo, Francisco Gimeno, Ignacio Zuloaga y tantos otros le son más próximos que sus contemporáneos. Pintores todos de gran dominio técnico que abordan la realidad con un propósito testimonial de la vida que transcurre a su alrededor. Alegre comparte con ellos esa capacidad narrativa que les permite mostrar o inmortalizar hechos, situaciones, lugares, personajes y ambientes determinados en función de sus intereses particulares. Su obra se caracteriza por estar alejada de cualquier atisbo de subjetividad, sin embargo, es siempre emotiva, sentida intensamente: «Lo primero que hace falta para dar vida a una obra de arte es sentir emoción, a mí personalmente me interesa lo que me impacta» manifiesta Agustín en sus entrevistas.

Los temas elegidos por Agustín para hacernos partícipes de su visión del mundo se pueden ordenar, si nos limitamos a las categorías clásicas habituales, en bodegones o naturalezas muertas, figuras (escenas de costumbres y retrato) y paisajes. Pero yo prefiero otro tipo de ordenamiento basado más en las necesidades expresivas del artista, donde los géneros pictóricos pierden su riguroso cerco y pueden atisbarse entremezclados en composiciones que atienden a otros fines. Así pues, prefiero señalar ciertos hechos que determinan la temática de Alegre, principalmente relacionados con su trayectoria vital, a saber: la relación con su entorno familiar, el amor por la naturaleza en el medio rural y el gusto por viajar. Atendiendo a estos tres ejes podemos encontrar en su pintura escenas de la vida cotidiana, paisajes y representaciones del ser humano en cualquier actitud o situación.

Aunque las escenas de la vida cotidiana están presentes en la historia del arte desde sus comienzos, es a partir del siglo XVII, gracias en gran parte a la sensibilidad de los pintores holandeses y a la pintura de género, cuando el registro de lo cotidiano se hace habitual en el repertorio de imágenes de la pintura. Desde entonces y hasta hoy el artista ha podido exhibir lo más común, la costumbre o lo privado por medio del arte. Por su parte, el espectador se siente personalmente identificado con una temática cercana, inteligible y compartida, pues se descubre a sí mismo en las escenas que contempla. Esto ocurre con el trabajo de Alegre; debido al carácter narrativo y veraz de su obra, somos testigos de momentos de intimidad familiar, en los que sus hijos, su mujer, sus padres o sus suegros son protagonistas: maternidades, juegos infantiles, sobremesas, rutinas del hogar o del trabajo, etc.

Agustín en cualquier momento y lugar siente la necesidad de captar una acción, un hecho o un detalle que le conmueve. He tenido la suerte de relacionarme desde mi infancia con su entorno más cercano, participando de sus momentos de ocio y he sido testigo de esta pasión, de este impulso irremediable de Agustín por atrapar el instante con sus dibujos y pinturas. No era nada extraordinario verle desplegar el caballete o el bloc de dibujo mientras los demás descansábamos o nos divertíamos con la pesca, el deporte, el juego, etc., pues Agustín Alegre es pintor las veinticuatro horas del día. Así pues, escenas cotidianas, bodegones o magníficos retratos de familiares y amigos son repertorio habitual de su pintura. Sin duda, ante estos modelos con los que mantiene un vínculo afectivo, actúa más relajado, más cómodo y más emocionado.

El predominio de la figura humana vestida o desnuda es una característica en la obra de Agustín. Tal es su gusto por dibujarla que, como si de un estudiante se tratara acude con regularidad al Círculo de Bellas Artes durante su estancia en Madrid, para tener acceso a los modelos que allí posaban. Fruto de estos momentos de esparcimiento son sus innumerables cuadernos de apuntes llenos de magistrales dibujos al grafito, lápiz graso o sanguina. Buen conocedor de la anatomía humana, disfruta dibujando el cuerpo desnudo, pero también el atuendo y la fisonomía de sus personajes, bien de los modelos para sus composiciones históricas (tríptico de los Amantes o vidas de santos) o los habitantes de los lugares que visita en sus viajes. En muchos casos la persona es captada cuando no posa, inconsciente de estar siendo observada, en actitud desinhibida y natural.

El gusto por viajar de Agustín se traduce en sus paisajes. Es viajero paciente y observador, no le gusta marcar un itinerario rígido ni limitar los tiempos, aquello que encuentra en el camino va marcando el ritmo y la trayectoria. Con el pretexto inicial de ver este o

aquel pueblo, esta o aquella fiesta popular, Agustín ha recorrido España de palmo a palmo, solo o acompañado de otros compañeros de profesión. Se inclina en sus pinturas por temas de ambiente rural: trabajos del campo, animales domésticos, fiestas tradicionales, tipos y costumbres de una España de la que ya no queda más que el recuerdo o el simulacro impuesto por las acciones de conservación del patrimonio histórico. Esta mirada, no exenta de añoranza de un mundo que ha llegado a conocer y que se resiste a olvidar, es deudora también de su admiración por el realismo costumbrista y el paisaje en la pintura de finales del siglo XIX y comienzos del XX.

Hay que hacer mención a su importante obra gráfica, con la que reproduce los mismos temas que con sus pinturas, pero quizá con un ánimo diferente. «El dibujo me divierte, la pintura no. Cuando pinto soy peor persona». Esta rotunda afirmación, que Agustín manifiesta en reiteradas ocasiones con cierta ironía, trasluce una predisposición anímica diferente a la hora de abordar un tipo de trabajo u otro. Para él el dibujo es una acción liberadora, espontánea, lúdica, a la que acude voluntariamente, sin prejuicios ni obligaciones, sin compromiso. Dibujar no le produce inquietud alguna, sin embargo, la pintura en ocasiones le atormenta porque afirma no conseguir siempre lo que pretende con ella. ¿Se exige más como pintor que como dibujante o es la técnica misma la que le induce a abordar el trabajo con otro talante? En los apuntes rápidos del natural, tanto con la pintura como con el dibujo, el disfrute es el mismo y la calidad del resultado también. Quizá la clave se encuentre en la naturaleza de la obra misma y de su propio temperamento: Agustín es un artista visceral, apasionado y expresivo. Es la emoción y el sentimiento que experimenta al captar instantes del natural lo que más le motiva, y no tanto el trabajo racional necesario en la elaboración de ciertas obras o en la ejecución de ciertas técnicas.

Para concluir quisiera insistir en la capacidad de adaptación que Agustín ha demostrado ante la adversidad, principalmente ante la enfermedad de su hija mayor, pues aun priorizando las necesidades que tal condicionamiento ha supuesto (mudanzas, traslados y cambios de ambiente), la actividad de Agustín ha continuado ininterrumpida, regular, segura y coherente, como no podía ser de otro modo, ya que la pintura es su modo de vida y su forma de interrelación con el mundo. En ningún momento los problemas han sido motivo de aislamiento ni de desorientación en sus convicciones artísticas, que han permanecido firmes y muchas veces *contra mundum* a su pesar. Por nuestra parte, solo nos queda agradecerle el esfuerzo que supone la salvaguarda de un oficio extraordinario que mantiene viva a la Pintura gracias a personalidades como la suya.